

LA CULTURA ENTRE LA IDEOLOGÍA COLONIAL DOMINANTE Y LA IDEOLOGÍA DE LIBERACIÓN DE LOS PUEBLOS

MOSTEFÁ LACHERAF

EL TEMA DE NUESTRA REFLEXIÓN DEBE su complejidad a la circunstancia de que los problemas presentados y las cuestiones que nos sugiere, representan una diversificada suma de fenómenos sociológicos y socioculturales —algunas veces contradictorios o divergentes— bajo la aparente unidad de una situación común a todos los países del caso.

El hecho de que intelectuales y expertos de los países recién independizados, analicen hoy día, los problemas de la cultura nacional y la necesaria descolonización cultural, con la misma óptica y con igual rigor que los representantes de países aún colonizados o en vías de liberación, es un ejemplo significativo de la comunidad de ideas y preocupaciones que animan a los pueblos del Tercer Mundo y a sus vanguardias más conscientes. En efecto, conviene establecer los límites del debate en el cuadro muy diverso de cada uno de los países, desde el punto de vista político y socioeconómico, y despejar concretamente las aspiraciones culturales mayores, organizadas o difusas, en cuyo entorno se agrupan los esfuerzos y las luchas emancipadoras de todos los pueblos del Tercer Mundo, abstracción hecha del estatuto colonial, neocolonial o de soberanía integral que los rija. Nos cumple examinar, detrás de los términos de un tema en apariencia tan simple, el caso de los territorios coloniales; el de los estados semicolonizados o neocolonizados, y en fin, el caso de los jóvenes países revolucionarios, socialistas o socializantes. En todos ellos, o en casi todos, el denominador común socioeconómico no es otro que el desarrollo desigual, aun cuando la referencia ideológica del conjunto esté marcada, aquí y allá, por grados más o menos caracterizados de un nacionalismo

proletario, recuperador de la soberanía perdida, o por un nacionalismo oportunista, de vocación burguesa seudoliberal o insidiosamente antipopular, que proclama un populismo incorporado tardíamente.

Estas dos últimas tendencias, en tanto que sustrato o superestructura, pueden por otra parte interferir o perdurar en los enfoques y la aplicación titubeante del socialismo, cuando se "especifica" en ciertos países en vías de desarrollo, donde los estragos de la desculturación por la dominación colonial han sido más desastrosos. Es necesario advertir en esa persistencia de la óptica nacionalista —si no en el sentimiento—, un fenómeno que con frecuencia opera a contratiempo de la historia, después de la liberación del país, y que está condicionado por una carga afectiva poco común, estrechamente ligada a una obstinada búsqueda de la identidad perdida. La obsesión del retorno al pasado proviene así de nostalgias tenaces y de valores difusos, ideas forzadas y despojos de tradiciones, mitos y realidades donde el nacionalismo se nutre, y que se arrastran en el curso y más allá de la lucha por la independencia, como viático y estado de ánimo. Hasta tal grado es alienante el efecto que la colonización provoca, a largo plazo, en el colonizado que las respuestas de éste, desmañadas o lúcidas, pero siempre patéticas y desmesuradas, se confunden, en el dominio particularmente sensible de la cultura, con el doble ideal de la defensa e ilustración de una herencia destruida, amenazada o negada por el colonialismo. Así se revalora o se intenta desesperadamente revalorar el patrimonio de la comunidad nacional, incluso cuando ya está degradado y hasta destruido de modo total e indiscriminado, por el colonizador. Queda bien entendido que el sentimiento nacional no cuenta en ese debate cultural, al contrario de las improvisaciones oportunistas y demagógicas propias de un cierto nacionalismo de subasta pública, tardío y patriotero.

Desde aquí se destacan con nitidez, para nosotros, las líneas constantes de estos problemas con múltiples implicaciones a veces inextricables: el régimen político, cualquiera que sea, sobre

todo si es impuesto o constructivo a espaldas del deseo nacional; la caracterización económica definida y orientada, en gran parte, desde el exterior; las estructuras sociales arcaicas e injustas en consonancia con ese sistema complejo, abogado o encubridor de la dominación extranjera; en fin, la cultura, entidad inaprehensible de expresión oral o escrita, en ocasiones clandestina, pero donde la "libertad" de existir, en tanto que valor potencial alterador o innovador, no le impide ser la imagen del resto y traducir las mismas carencias, a falta de un equipo adecuado por causa de la prohibición del programa colectivo.

Más allá de los estatutos políticos diferentes y las opciones económicas divergentes de los países afectados, si los intelectuales y expertos de esos mismos países hallan un terreno de encuentro en el dominio de la cultura, es porque esta última es la dimensión que se adecúa mejor a una identidad nacional abierta a lo universal, identidad largo tiempo negada o alienada, y que es o será recobrada con la ayuda de vías y medios de un desarrollo que responde a normas científicas rigurosas y a un espíritu de justicia social y de progreso, sin el cual el hombre, primer objetivo y finalidad de la promoción y de los cambios radicales tan esperados, no puede realizarse en su plenitud ni crear aquello que sea concreto, enriquecedor y perdurable fuera de los mecanismos de una tecnología fría y neutra.

Pero la universalidad no podrá avizorarse de golpe como una meta de realización junto con los valores confirmados por la historia y la cultura, en tanto no se cumpla, se perfeccione y consolide el proceso de recuperación del patrimonio nacional de los pueblos colonizados. Ese conjunto de normas universales de civilización y cultura, esa continuidad en la marcha hacia adelante de la comunidad internacional, la hemos observado siempre en esos países —pese a los colonizadores—, como un resultado complementario y armonioso, como una resultante de valores antiguos y nuevos, donde se favorezca la relación de la herencia intelectual y artística de otros grupos humanos y de otras épocas con el acceso a las fuentes comunes a todos. Debe

recordarse que lo universal se ha propuesto a nuestros pueblos bajo los rasgos de una cultura conquistadora y exclusiva, con la apariencia de una ficción, es decir, que mientras con una mano destruyen la civilización de los países colonizados hasta las raíces, nos muestran con la otra, modelos deliberadamente inaccesibles, ejemplos y muestrarios materialmente fuera del alcance, con vías prohibidas y celosamente guardadas contra la intrusión de sociedades humanas enteras donde, de antemano, se ha paralizado la iniciativa cultural, minando las bases y los resortes.

El tema es bien conocido, pero es necesario abordarlo de nuevo con la mayor objetividad posible y con un sentido muy matizado del análisis. De otra manera, entre nosotros, cuando en los países colonizados se dice "universal" significa no ya un modelo ejemplar, si bien lejano, que se nos propone, sino un desafío al signo exterior de una superioridad inigualable cuya defensa, por parte de la empresa colonial, implica una acumulación de contradicciones y sinsentidos que la hacen sospechosa.

Así, cuando se enseña a los niños de los pueblos colonizados en la lengua del colonizador, con las obligadas referencias a los grandes escritores clásicos, a los filósofos, pensadores y humanistas, a las ideas generosas de libertad y de igualdad, a los derechos del hombre y del ciudadano, y al simple derecho de gente, etc., los promotores de esa cultura extranjera conquistadora no advierten en ningún momento, o se dan muy poca cuenta, que se están dirigiendo, como pedagogos o maestros del pensar, a escolares y público de un país ocupado y dominado por la metrópoli, privado deliberadamente de su soberanía nacional y de los derechos más elementales para los habitantes autóctonos, además de encontrarse excluido del curso útil de la historia y del progreso, explotado, humillado y despersonalizado. Esas buenas conciencias, fértiles en contradicciones flagrantes, se afirman en su conjunto mediante el sustentamiento de un patriotismo abusivo o del patrioterismo, con un sentimiento etnocentrista de superioridad racial y un espíritu de redención

utópico, que otorgan la medida de un "impacto" cultural que debe actuar en lo absoluto, lejos de toda aproximación o contacto directo con la condición humana y el tiempo vivido, y del ser social aniquilado o cautivo. Pero también es posible constatar que la necesidad imperiosa de acceso a una lengua, así sea extranjera, por parte de los colonizados (alienados, pero herederos de una vieja tradición cultural), con la cual remplazar a la propia (prohibida o desclasada), los empuja, de manera objetiva a adoptar, consciente o inconscientemente, un compromiso por el cual intentan recoger, cuando pueden, las migajas del carácter universal y los aportes neutros de la civilización del colonizador. A propósito de nuestra experiencia entre argelinos, bajo el título de "Reflexiones sociológicas sobre el nacionalismo y la cultura en Argelia", hemos analizado esta marca cultural en los siguientes términos:

"...junto al colonialismo oscurantista y retrógrado que avizora la inmovilización y la destrucción de la sociedad desarmada que mantiene cautiva, hay entre los argelinos más resueltos a luchar contra el ocupante y a resistir una vigilancia de naturaleza objetiva, un interés real por las técnicas desconocidas para ellos hasta el momento o todavía fuera de su alcance, por la vida moderna y sus necesidades, etc., cosas que cada vez más son consideradas bajo su aspecto universal, separándolas por instinto o por necesidad, del colonialismo como tal, por lo que les es posible extraer, al menos, un provecho mental a título de modelo ejemplar, pero lejano". Y agregamos en el mismo estudio, para definir las tres formas de la patética "autopedagogía" del colonizado, lanzado vanamente a la búsqueda de su pasado y a la conquista imposible de un presente y de un futuro hipotecado por la dominación colonial:

"... en primer lugar, un compromiso entre eso que el colonizado abandona a medias, sin poder valorarlo, y la exigencia de la modernidad bruscamente aparecida detrás del colonialismo que la rechaza en vano o la llena de obstáculos, por razones de preponderancia política". También nos referimos al mito que

ha preservado la propaganda colonialista, paradójicamente avalado por muchos argelinos, según el cual, Francia durante ciento treinta años realizó una enorme tarea de educación en el medio argelino autóctono, cuando la realidad es que hasta la independencia de nuestro país contábamos con casi un 85% de analfabetos.

Esas relaciones, hemos visto, no pueden establecerse, sino de vencedor a vencido, de explotador a explotado. Sin embargo, dentro del cuadro general, se pueden distinguir por lo menos dos categorías: según se trate de una colonia de poblamiento o de una colonia de explotación, la empresa, siempre directa, es sin embargo diferente en su acción y en sus efectos a largo y mediano plazo. La colonización de poblamiento tiende a sustituir al elemento autóctono, a sus instituciones, a su economía, a su cultura, por elementos humanos más "útiles" (es decir, privilegiados estratégicos) a veces más numerosos que los nativos y, en todo caso, con preponderancia en el plano político, para prolongar así en la colonia el aparato social y jurídico de la civilización y los géneros de vida de la metrópoli. No se trata pues de una coexistencia sino de una dominación a la vez interna y externa que no cesa de actuar, bajo los esquemas simplistas y fuertemente idealizados de "buena vecindad" y de "interpretación de dos comunidades diferentes que cohabitan bajo el mismo sol". A su vez, esta población extranjera, constituida en dominación interna, por la fuerza de los hechos y en virtud del mandato colonial de facto, elude las leyes y los intereses superiores de su metrópoli y los intereses vitales y las instituciones nacionales multiformes del pueblo colonizado. El incremento rápido y global de las necesidades de una sociedad colonialista nueva, que dispone de un campo ilimitado de iniciativas, dotada de medios exorbitantes de preponderancia jurídico-política y de embargo económico, se manifiestan en el prolongamiento y proyección, más allá de los mares, de su lejana o próxima metrópoli, que la defiende y justifica con la ayuda de un arsenal que conjuga sus armas y sus leyes, determi-

nando un estado de cosas arbitrario y autónomo donde el control escapa día a día a sus propios iniciadores. En efecto, en el cuadro estricto del colonialismo actuante por intermedio de sus súbditos, numerosos y siempre privilegiados, opera una suerte de dialéctica rigurosa de hegemonía totalitaria, donde las leyes nacionales del ocupante y las "ideas proclamadas, son contradichas por los fenómenos antinacionales e incivilizados avalados oficialmente. Al mismo tiempo, el proceso colonial desencadena condiciones tales que rebasan la voluntad y cálculo de sus promotores, y que en realidad debieran cumplirse en la práctica de todos los días por los agentes salidos de la patria del colonialismo y mentalmente segregados por su ideología sobre el terreno. En tal actitud, la demarcación de responsabilidades es muy poco perceptible, y la frase célebre de St. Just, "No se coloniza impunemente", constituye, más que una constatación, una ambivalencia ordenada como un todo, en la que los términos complementarios actúan por mediación consciente o automática, el uno sobre el otro, y en ambos sentidos, en virtud del paso de la teoría oficial al pragmatismo cotidiano, además de desmentir, en buena lógica, los principios "civilizadores" y la legalidad colonial en beneficio del derecho de conquista y de sus consecuencias, consiguiendo de tal modo un objetivo de límites inciertos, pero que desde el principio implica, con toda la desmesura y con la elasticidad sorprendente de sus medios, una iniciativa que busca sustituir a la sociedad empobrecida, desculturizada y vigilada en su propio país, por un grupo humano extranjero, libre, instruido y rico. Es necesario precisar en tanto que al pueblo colonizado se lo despoja de su nacionalidad y de sus derechos sobre la tierra por medio de actos represivos, sean jurídicos o de otra naturaleza, producto de una presencia física importante y con frecuencia masiva que determina su preponderancia total, intransigente. Es importante notar que también hay sustitución, en el plano del derecho y la fuerza militar, del poder y la economía, aun cuando el poblamiento privilegiado de origen extranjero

no exceda una cifra significativa o apenas exista. En este caso, el mandatario en poder de una autonomía que en realidad representa a la metrópoli, que la encarna y la prolonga, co-existe desigualmente con auxiliares autóctonos, lo que constituye un encubrimiento y un punto de fijación de una etapa anacrónica que perdura, y el símbolo, en estado bruto, de una jerarquía feudal tradicionalista, creada o reconstruida, donde el sistema colonial se justifica o se disculpa a través del papel subalterno y sospechoso que encarga a los feudos investidos por él mismo. El contraste entre las estructuras arcaicas, conservadas a propósito por el ocupante, y el modernismo importado, tanto tiempo negado al pueblo conquistado, pone en evidencia esta justificación hábil de la superioridad de la colonia y destaca dos sectores donde uno, el títere, debe, tarde o temprano, ceder al otro, el colonizador, quien considera a la colonia ante todo como una "reserva" de recursos inexplorados y de mano de obra sumisa, donde el ocupante satisfará sus nuevas necesidades de supremacía político-económica haciendo retroceder siempre más lejos a los antiguos habitantes del país.

El papel de la cultura en todo ello es fácil de imaginar y, en todo caso, no puede ser más fragmentario que el resto (patrimonio en bienes raíces y tierras, instituciones sociales y jurídicas, libertades, etc.). En el caso de la colonización de poblamiento masivo, la sociedad sustituida y arrojada de su propio territorio ve agravarse, a la larga, la regresión de sus estructuras y fosilizarse su situación socio-cultural. También hay, acompañando o prescindiendo de ese movimiento colonial extensivo, una destrucción organizada que aniquila o reduce el espacio y el antiguo conocimiento de la sociedad autóctona. En el caso de una colonia de explotación, con un mínimo de elementos humanos extranjeros, se trata de una fijación impuesta de manera táctica y, por así decirlo, estructural, la que generalmente prevalece. La destrucción es escasa o casi nula: el equipo escolar antiguo y el patrimonio artístico precolonial permanecen casi sin alteración, pero conservado, "cuidado", en el cua-

dro inamovible de una tradición animada por el ocupante, al mismo tiempo como testimonio de un respeto táctico y como freno al progreso presentado. Hemos dicho que las experiencias de desculturación y los informes de colonizadores y colonizados varían según el estatuto político del país dominado; sin embargo, el proceso de sustitución de la misma ideología aparece después del golpe, progresivamente, a título de justificación elaborada y de teoría aplicada sobre lo vivo, y son estos jalones y las etapas que pueden presentar aquí y allá las diferencias más notables, tanto en la forma como en el fondo. Tres ejemplos globales de esa acción cultural nos permitirán caracterizar en cada tipo de régimen colonial un aspecto en apariencia específico y que por lo menos no prejuzga sobre una realidad de base común a todos los colonizados en el plano de su cultura nacional destruida, desclasada, prohibida, detenida, oportunamente explotada o renovada alternativamente por ambas partes, por razones de hegemonía y de lucha política.

Marruecos, antiguo protectorado francés, ilustra una experiencia concerniente a un país semicolonial que también resulta válida, en términos generales, para el caso de otro país magrebí de status exclusivamente colonial como Argelia. Es innegable que los tres cuartos de siglo que separan la presentación bien tramada de esas dos experiencias han sido utilizados en su provecho por el ocupante extranjero para perfeccionar, completar o rectificar su ideología respecto al cambio de colonia a protectorado, tomando en cuenta también, en este último caso, la época y el progreso relativo de la conciencia moral en las relaciones entre naciones más o menos soberanas. Nos ha parecido útil, por otra parte, para matizar un panorama cultural habitualmente considerado sin solución de continuidad, separar aquí, a través de los escritos y la acción de los intelectuales revolucionarios de Angola, un conjunto de hechos y de juicios concernientes al país de régimen colonial más antiguo. Por último, en un nivel diferente, la situación latinoamericana que es propia de los países neocoloniales, será también objeto de un

contra a los administradores coloniales y a los teóricos descartados, cuyo objetivo era prohibirla para siempre o considerarla en la enseñanza secundaria como lengua extranjera, al igual que el inglés, el alemán, el italiano, etc.

Todo es bien comprensible. Si las escuelas son relativamente más frecuentes en las ciudades que en el campo, se debe a la miseria, cortejo necesario de la expoliación de tierras y bienes colectivos nacionales (bosques, minas, terrenos de pasto para el ganado, corrientes de agua, productos de fundaciones inalienables —Hobus o Waqf— destinadas a financiar la enseñanza) y de secuestros que golpean el dominio económico de los campesinos después de cada sublevación armada, sin hablar de los consecuentes paros y carestías, bastante periódicos. Numerosos testimonios, aunque circunstanciales, vienen a completar el cuadro y sugieren que las crisis pasajeras o los golpes duros, resentidos por el pueblo, dan fe de calamidades de toda suerte, que son otros tantos golpes de gracia, anteriores a la muerte ineluctable y próxima de la cultura nacional argelina en la segunda mitad del siglo XIX, bajo la dominación colonial oscurantista.

Sin embargo, hay otras razones que explican un estado de cosas con tantas carencias; en efecto, poco a poco la vigilancia de las escuelas y de los maestros tolerados por su conformismo o por la intercesión a su favor se erige en un principio draconiano que busca más perseguir que controlar. Tal sistema no se detendrá ahí; la iniciativa local aislada, no tardará en extenderse a todo el país, justificándose por una nueva teoría en elaboración constante. Después, la "solución final" sobrevendrá lógicamente por etapas y la ideología que le ayuda —la primordialidad de la cultura del ocupante extranjero— entra en el orden previsto, el orden colonial destructor, consecuente consigo mismo. La teoría, ya en el aire, formulada tímidamente o puesta en práctica antes de término, para manipular las apariencias, abre el conducto para el gran día y acelera el proceso, confirmando que las intenciones de sus promotores, no esperan para revelarse, más que el fracaso de una política paternalista

aplicada a una cultura árabe argelina destruida en sus tres cuartas partes. Es evidente que los colonizadores desean hacer tabla rasa de la enseñanza del árabe, pero se frenan hasta que puedan por lo menos remplazarla con la enseñanza de su propia lengua: el francés. Las cifras oficiales para el año 1887, arrojan solamente 79 escuelas públicas francesas para los argelinos, con 8 963 alumnos, sobre un total de 500 000 niños nativos en edad escolar. A su vez, los muy oficiales "Cahiers du Centenaire de L' Algérie", publicados, mucho después, citan, para la misma época y en años similares, las siguientes cifras relativas a la enseñanza del francés: 3 172 alumnos argelinos en 1882; 5 695 en 1885; y 10 688 en 1888. Con respecto a la primera cifra, Maurice Wahl precisa más al decir: "Los colegios árabes fueron suprimidos por el almirante Gueydon (gobernador general de Argelia durante la insurrección de 1871), las escuelas arábigo-francesas desaparecieron una tras otra. En 1882, quedaban sólo trece en toda Argelia. El número de niños musulmanes inscritos en esas escuelas y los otros establecimientos de enseñanza se elevó a 3 172, o sea, poco más de un alumno (1.11) por cada mil habitantes". (Maurice Wahl: *L' Algérie*, Ed. Felix Alcan, 1897.)

La progresión, se advierte, era de una lentitud extrema y calculada, con una media de crecimiento anual de menos de 2 000 hasta 1896, lo que corrobora la eficacia de la tesis oscurantista adoptada por los teóricos de la colonización cultural y terratenientes de la segunda mitad del siglo XIX, que ven también valiosa la enseñanza del árabe a los franceses.

Maurice Wahl también adelanta la conclusión para Argelia, presentando cifras que provienen de altas fuentes y resumiendo el largo infortunio de la cultura escolar, después de la conquista colonial: "Lejos de crear escuelas, por principio hemos destruido la mayor parte de las *mecids* (escuelas primarias), *zauias* (universidades rurales) y *medersas* (centros de enseñanza secundaria y superior) que existían antes de nuestra llegada (en 1830). Hubiera valido más aprovecharlas haciendo

penetrar en ellas paso a paso a nuestros maestros, nuestros métodos, nuestro espíritu. Más tarde se produjeron ensayos confusos (...). Las escuelas arábigo-francesas eran muy escasas como para que dieran resultados apreciables (...). Sin remontarnos a las causas de tal falta de éxito no se está autorizado a hacer nada".

Las causas del fracaso —eufemismo para designar una gigantesca empresa de desculturación— son, entre otras, "las numerosas dudas que se suscitan —en el Parlamento francés—, sobre la eficacia y la utilidad de la enseñanza bilingüe dada a los niños argelinos, y la ideología colonial que volvemos a encontrar, a propósito de Marruecos, mejor elaborada, más sutil, pero de una lógica por igual implacable. Lo que varía de país en país es el volumen de los estragos sufridos en ese dominio, pero puede decirse que Argelia ha estado saturada, como acabamos de ver, quizá por mayor tiempo que ningún otro.

Lo que hay de significativo en los diferentes casos que nos proponemos exponer es la afirmación de una doctrina colonial progresivamente engrosada al prepararse, y la respuesta a esa misma ideología de desculturación por parte de los intelectuales de los países dominados cuando son conscientes, en verdad, de los estragos sufridos y de la necesidad de remediarlos en una perspectiva revolucionaria concreta. Para quien sea marroquí, Abdellatif Laabi, director de la revista *Souffles*, actualmente internado en su país por sus actividades culturales militantes, progresistas y demistificadoras, así como por su lucha valerosa en favor de la causa palestina, encuadra el problema en una serie de estudios que son un modelo en su género; "Atravesamos hoy —escribe— una fase ideológica y cultural de las más dinámicas. Ha llegado el tiempo de sacudirse las nebulosas del traumatismo colonial y de dar la cara a nuestra historia". Abdellatif Laabi, poeta, escritor de talento y teórico innovador de la cultura nacional, toma desde el principio a la historia tal como ha sido manipulada por el colonialismo: "El fenómeno colonial —dice— ha sido una grave perturbación en nuestra historia (...). La ciencia colonial, e incluso la poscolonial, nos lanza un

desafío permanente. Es una intervención adulterada con ambigüedades". Y agrega con una rara lucidez: "Lo que nos embaraza no es solamente el hecho de que exista, sino de que haya planeado con nuestra ignorancia todo nuestro pasado y presente y estructurado nuestro futuro. Ha descubierto, reunido, reagrupado, en función de sus necesidades, nuestra materia histórica y cultural. Ha creado las clausuras y ha conformado las aperturas, las hipótesis (...). Así es como la ciencia colonial de tal manera ha amañado, calumniado y destruido. La reposición del problema que manejamos, y que tardará mucho tiempo, es una fase sacrificada, una suma de carburante malgastado".

Los términos del debate están claramente establecidos y no hace falta decir que tal modo de hacerlo, en el fondo y en la forma, se aplica también a la situación colonial, vivida por todos los pueblos desculturados y también accede a las otras etapas del balance ya esbozado a propósito de Argelia. Así, el encadenamiento es patente y las experiencias de dos países magrebíes y de otras regiones colonizadas de África y de Asia sirven como ejemplo para quienes desean aprender la lección, nivel donde el balance de las carencias conduce a una constatación rigurosa.

Laābi, más adelante, retoma metódicamente el análisis del fenómeno colonial identificando uno a uno los jalones que marcan el sombrío itinerario de la desculturación: "La exploración científica —dice— ha precedido, desde siempre, a la colonización directa. En todo caso, la ha preparado largamente y ha trazado de antemano una estrategia."

Entonces, nos viene también al espíritu el nombre de Charles Foucauld, recorriendo durante dos años el Marruecos independiente todavía, en los primeros años del siglo XX, disfrazado y anotando en sus "carnets" (cuadernos) una suma de información científica y militar que los franceses utilizarían más tarde en el momento de la conquista de ese país magrebí. Marruecos además, como recuerda Laābi, es el país donde "el carácter paradójicamente profético" de la curiosidad de los científicos

coloniales, con anterioridad a los sucesos políticos y sociales, prepara en efecto, la intervención militar en otra región, por ejemplo, el V Congreso del Instituto de Altos Estudios. Marroquíes, celebrado en 1925, cuya meta era que los sabios establecieran un balance de los conocimientos sobre el Rif: "Poco después —agrega Laabi—, los ejércitos franceses intervenían definitivamente en la guerra del Rif y la rendición de Abdelkrim. Del mismo modo, la conquista del gran Atlas fue guiada por la geografía física".

A tal exploración científica, preámbulo a la conquista del país e instrumento para actuar cada vez más cerca para abrir la vía a la expansión colonial y secundar la empresa de una manera racional, sucederá una ideología que se estructura sin cesar en base en las "realidades indígenas" que desean utilizarse con el fin de establecer definitivamente la dominación, sobre todo mediante el escudo de la cultura. "No se trata —escribe Laabi—, para los especialistas (coloniales) de un país, dotarlo de instituciones auténticas, sino más bien de considerarlo un medio hostil donde la penetración y la domesticación requieren un conocimiento minucioso, sin lagunas, un conocimiento orientado hacia el pragmatismo y la eficacia, y también, conscientemente o no, hacia la aproximación a ese medio, no tanto con la meta de comprender, sino de asimilar".

Lindamos así, a través de ese desarrollo, con el primer objetivo de la ideología colonial en su contacto con los colonizados: "La asimilación, que se apoya en el espíritu de superioridad y el egocentrismo". Empresa, en apariencia, inocente y desinteresada, "la política de asimilación —precisa el autor— se manifiesta en los dominios donde es posible demostrar biológica o culturalmente que el indígena (magrebí de linaje antiguo) no es, sino un hermano de raza, pero desposeído, que permanece en la retaguardia (...). Empresa que contempla también la recuperación de un pasado latino, de pertenencia europea, una vocación occidental". Frente a todo eso, las alternativas deliberadas y los resultados de una ciencia colonial encarnizada en justificar lo injustificable, y algunas de sus ramas, como la arqueología, servirán para el esfuerzo exclusivo y celoso de investigaciones e

ilustraciones de la historia romana en el Maghreb, mientras el pasado beréber o nómico y los vestigios púnicos son sacrificados, y los aportes esenciales de la civilización árabe-musulmana, su cultura y sus técnicas, son bajamente denigrados.

Lo propio de la asimilación es, al mismo tiempo, querer racionalizar una de las realidades humanas de la historia cultural del país, que ya estaba perfeccionada después de muchos siglos en el momento de la conquista y que el colonialismo se propone restar del consenso nacional para marcarla con el sello del folklore y la pertenencia étnica y quizá tribal. Así, y para citar a Laābi a propósito de Marruecos, "los estudios coloniales concernientes al mundo beréber fueron manipulados a través de una óptica que perturba toda objetividad (...). No es —escribe—, una tentativa sincera para salvar del olvido o revalorar una cultura, una lengua, una civilización, tomando el partido de un patrimonio nacional o universal, sino una opción política al servicio de la 'pacificación' y, más tarde, de la colonización propiamente dicha". Tal sistema es consecuente con su ideología discriminatoria, puesto que contempla claramente, crear "reservas" humanas de ilotas y compartimentos estancos entre la ciudad y el campo, entre los intelectuales vueltos hacia el modernismo y los detentadores del saber antiguo, separándolos a todos del pueblo, desarmado y analfabeto.

Es indudablemente cierto que este malvado cálculo de la ideología colonial, determina el nacimiento histórico del movimiento nacionalista preocupado de preservar de todo atentado las estructuras comunitarias de cohesión y de unidad del pueblo marroquí. Por la emergencia de todos los nacionalismos liberadores en los países colonizados (el momento es importante y significativo) resulta el carácter sobresaliente de un conflicto que va a tomar cada vez más una dimensión política, aun cuando su basamento cultural sea muy claro.

A la politización de la empresa alienante y oscurantista del ocupante y de sus medios científicos, humanos y otros, va pues a responder la politización de la lucha por la cultura, que se ocupa de la salvaguardia y del restablecimiento de la identidad

nacional y la expresa. Entretanto, le resta completar y confirmar su finalidad progresista, sin la cual no es ni viable, ni liberadora, a largo plazo.

Tal contestación nacionalista en un dominio preciso y aparentemente no político, es de suyo más pertinente que la ideología colonial, que con una gran habilidad alienta el conservatismo bajo la cobertura de un respeto absoluto en lo que se refiere a las instituciones socio-culturales del pueblo dominado. "El conservatismo predicado por Lyautey —escribe Laábi— marca una etapa nueva en la ideología colonial. Nada de destrucción masiva de instituciones, como en Argelia y en las otras colonias. En 1912, las exterminaciones eran impensables, tomando en cuenta la 'presencia' de la opinión mundial, de las comunicaciones, etc. Pero el conservatismo colonial de Lyautey restablece una mística y una estrategia".

"Ese conservatismo político y sociocultural era un instrumento de anestesia, no un gesto de respeto o admiración. La empresa colonial no podía arraigar, sino en un medio esclerosado, clausurado en las estructuras feudales y aristocráticas. Era un incentivo, so capa de la tradición, para el estancamiento cultural". Más grave todavía, concebido de tal manera, y por un desfasaje deliberado, hacía abortar y destruía todos los sectores donde el colonizado manifestaba libremente su creatividad.

En tanto, conviene introducir aquí un matiz importante para mejor comprender los dos aspectos principales de ese conservatismo: uno, por necesidad, es un acto voluntario y vigilante por salvaguardar, a causa del peligro, la despersonalización resentida; el otro, la consecuencia de una empresa directa y multiforme debida a la intermediación de agentes adictos a la política colonial, de tendencia conservadora y generalmente de un nivel cultural bastante bajo. Pero a la larga, la tensión nacionalista de defensa de la personalidad amenazada por una parte, y el anacronismo aceptado por la otra, arriban, con grados de registro sensibles, más o menos a la misma esclerosis. La única grieta que se opera es la de la conciencia cultural, latente o activa entre los primeros, cuando la acción política a la que se adhieren más o menos les estimula en los momentos de crisis y de

enfrentamientos violentos, y los torna solidarios, por un tiempo, con una "vanguardia" un poco más abierta, si no progresista, perteneciente a su propio grupo burgués. En tal caso, existe la disponibilidad hacia una liberación a golpes, y el registro de pasos de ese género comporta una gama muy variada de rechazos no coercitivos y altivos, de retrasos inhibitorios, de audaces sin mañana y de una patética marcha hacia adelante, a despecho de los obstáculos combinados de tradición y sistema colonial represivo. Tal tensión, cabe decir, los preserva (o poco menos) del fin lamentable que conocen los otros, partidarios erráticos de un conservatismo que no presenta, sino valores para cubrirse y donde la indigencia repetidamente aborta en la nada. La resistencia cultural, aunque imperfecta, previene contra los peligros que los segundos aceptan inconscientemente como una disciplina de buen tono y respecto a una autenticidad celosa. El rechazo de la cultura del ocupante — a decir verdad, inexistente o hecha al arbitrio—, por la cual se explica legítimamente la resistencia inicial y donde se encuentran, también, ejemplos durante los primeros tiempos de la conquista colonial de Argelia, se opone a una apertura que no llega incluso a la autenticidad, sino a un arcaísmo debidamente arreglado, consentido, regresivo hasta el agotamiento, y que la colonización contribuye a esclerotizar de antemano. Ahí está, históricamente hablando, el rescate de todo el rechazo cuando se intenta una cultura antigua. Pero tal cultura, devenida marginal, se degrada y, a la larga, la tensión inicial cede provisionalmente a la adquisición paralela de una nueva cultura, es decir, a la única cultura disponible, de tal modo es cierto que una nación cultivada desde la antigüedad y acorralada a su pesar en la incultura se dedica patéticamente a prolongar su vacío mortal, incluso con la ayuda de una lengua y un saber extranjeros. Rescate, pero también precio, que están obligados a pagar los pueblos dominados y colonizados para escapar a un fin cierto para un día retomar mejor la lucha, utilizando las armas del adversario.

Si ahora pasamos a Angola antes de su liberación, vemos que no cambia el fondo del problema y que sólo cambia la orien-

tación táctica a seguir, lo que se debe en gran parte a la antigüedad de la experiencia, a la empresa más directa de un colonialismo poblacional y a los efectos más radicales, esta vez, de la aculturación. La asimilación es aquí la pieza maestra del sistema, el éxito obtenido por la fuerza de las cosas y el muro de contención a largo plazo. Cuatro siglos de acción cultural de esta naturaleza tienen un peso excesivo. Si Argelia o Marruecos hubiesen conocido un período tan largo de dominación colonial, es seguro que los resultados de ese dominio hubiesen sido los mismos que en Angola, o muy aproximados, ya que además la colonización poblacional extranjera se veía favorecida por la proximidad geográfica con respecto a la patria del colonialismo. En Argelia, conviene recordar, ese sistema de asimilación político-cultural fue combatido, aunque por razones diferentes, por la inmensa mayoría de nuestros compatriotas y el conjuro (o poco menos) del poblamiento colonial extranjero, una vez que la metrópoli de estos últimos y los gobiernos sucesivos lo consideraron como un simple medio jurídico de aneación del país y del pillaje legalizado de sus riquezas.

Por lo que concierne a las colonias portuguesas, no cabe sorprenderse ya si la reacción a esta forma particularmente alienante de la empresa colonial es más violenta, reflexiva y elaborada, pues el sistema ha multiplicado los estragos, acorralando a los angoleños hasta contemplar su destino como una cuestión de vida o muerte. La resistencia tardía, pero culturalmente bien organizada, está pues en función de la duración de la acción colonial y del volumen de males que había engendrado.

El patriota e intelectual angolés Mario de Andrade analiza y explica ese fenómeno que es propio de todas las colonias portuguesas, enraizándolo desde el principio en sus causas objetivas: "Se ha vuelto banal afirmar -escribe- que la dominación colonial bloquea el desarrollo de la cultura de un pueblo, pues que las estructuras sociales y la autonomía política están profundamente teñidas por el impacto de la conquista extranjera y la cultura en situación colonial cesa de ser un acto creador". Después de evocar las relaciones de Portugal con la monarquía

congolesa de quien dependía Angola e insistir sobre la destrucción de las comunidades autóctonas, "la irrupción del bandidaje comercial con el apoyo de los misioneros", la trata de negros que ha durado dos siglos, y la fuerza de trabajo proveniente de "la esclavitud interior" practicada en vasta escala, Mario de Andrade concluye un primer tiempo cuando afirma que "Es a la luz de tales hechos históricos que conviene abordar el problema de la cultura africana en la situación colonial". "La cultura perseguida debe comprenderse como el vínculo principal de solidaridad entre las estructuras sociales. Desde que un elemento de tal estructura es fracturado, las manifestaciones culturales sufren un contragolpe". Después recurre "a esa fase de la historia de Angola", el fenómeno importante que constituye la dualidad cultural, fenómeno donde uno de los términos tiene un vínculo estrecho con la asimilación y sus consecuencias ulteriores decisivas; es por lo tanto un fenómeno inesperado para el colonialismo. "Por un lado —observa brevemente Mario de Andrade—, las comunidades rurales sufren la ocupación administrativa, la implantación del sistema económico y social de la colonización y el trabajo forzado; y por el otro, a nivel de ciudades, los nichos sociales son integrados al sistema de asimilación". *Grosso modo*, el fenómeno se caracteriza por la división de opresiones entre las dos categorías de angolese: "Aquellos que mantienen las constantes esenciales de la cultura nacional y aquellos que el colonizador intenta recuperar como asimilados en tanto que individuos mentalmente trabajados por la cultura portuguesa".

Este último caso, hemos dicho, es específico de Angola y de otras colonias portuguesas, al mismo tiempo que constituye, paradójicamente y a largo plazo una especie de "rechazo" voluntario, de "reenvío" selectivo del grupo organizado al margen de la empresa de asimilación, de la cual es el producto secular y a la que repudia en el momento indicado para unirse a la gran mayoría nacional cautiva pero no aculturada. "La asimilación —como la denomina el autor— es una tentativa ligada a la necesidad en la que se encuentra el colonizador de utilizar a los nacionales para continuar su obra de destrucción social. Con-

templa la creación de auxiliares de la colonización". Pero todavía surge otro fenómeno del seno mismo de la asimilación que prácticamente no tiene equivalente en el resto de los países colonizados; "Es, en efecto, por medio de los asimilados que se busca elevar el rechazo de la cultura del colonizador. Desde el instante en que un grupo privilegiado puede acceder a la inteligencia del hecho colonial, son esos hombres quienes organizarán la puesta en tela de juicio de la cultura tutelar", añade Mario de Andrade. A pesar del hecho de que una larga discriminación ha cavado un foso casi infranqueable entre los campesinos explotados y los ciudadanos asimilados, y pese a "la fragilidad de los lazos de contacto entre las comunidades pueblerinas y a las diferencias de modo de vida y de pensar, son precisamente aquéllos que han accedido, al precio de su despersonalización, a la cultura escrita y técnica del ocupante y a sus derechos ciudadanos, quienes se convertirán en los portavoces, los guías y los organizadores de esas comunidades víctimas de la dura ley colonial". "El asimilado — escribe Mario de Andrade — toma sobre sí asumir su condición privilegiada, pero para convertirse en un instrumento de defensa de la comunidad (nacional) en su conjunto" y para explicar, sobre todo sus aspiraciones políticas. Pues, como él afirma un poco después, y como lo hemos visto en Argelia y en Marruecos, "la toma de conciencia cultural necesariamente desemboca en la política". "A partir de 1948 — dice más adelante — los hombres de letras se han convertido en los primeros motores de un movimiento nacionalista de liberación, los aceleradores de esa toma de conciencia. El buen poeta se ha vuelto, al mismo tiempo, el redactor de octavillas y libelos políticos". Todavía más determinante, a nuestro parecer, son dos hechos sociológicos que no tardan en emerger de ese fenómeno de gestación que, desde el punto de vista de la cultura, es encubierto por la falta de grandes medios para comparar las experiencias similares de otros países colonizados:

- 1) Aquella dimensión nueva por la cual todo se pone en movimiento para operar el cambio, comprometer a los contrarios en una sola causa, y recuperar a los hombres y los valores perdidos, puestos en juego de modo que "Los estímulos o la vi-

sión política están ligados, ellos mismos, a una cierta conquista de la modernidad" y a la recusación de arcaísmos que continúan sirviendo al colonizador.

2) Paso a paso la clase de los asimilados, estimulados por la contestación, "va a sobrepasar las contradicciones engendradas por la dualidad cultural" y el tratamiento privilegiado, y a dedicarse a la resurrección de una cultura típicamente nacional que el colonizador ha degradado.

Para Mario de Andrade la creación del Centro de Estudios Africanos, en los años 50, marca el primer paso en la vía de la reafricanización de los espíritus, contra las empresas asimiladoras. Y añade: "Nosotros nos representamos la imagen de nuestros países dominados a través de esta toma de conciencia cultural; es así que surge la necesidad de formación de los movimientos políticos. Por lo tanto, se puede afirmar que con toda evidencia esta reafricanización de los espíritus se está traduciendo en una lucha contra la asimilación y ha desembocado, a partir de la posguerra, en la formación de organizaciones nacionalistas". También los intelectuales que habían sido los promotores del Centro de Estudios Africanos, son los mismos que se encontrarán, más tarde, a la cabeza de los movimientos políticos de lucha armada en Angola, en Guinea Bissau y en Mozambique. De tales situaciones de conjunto, que la iniciativa liberatriz multiforme ha suscitado, deriva la búsqueda y el descubrimiento de un nuevo lenguaje en el seno mismo de la lengua portuguesa a la que confluyen las masas urbanas, como el único medio revolucionario de cultura. En tanto, "el hilo de las culturas antiguas (del país) no se ha roto (...) y es el asimilado el que deberá dar muerte a la cultura colonial". Tal probidad y ese realismo intransigente no son muy frecuentes, en tanto existen en los antiguos países colonizados quienes se acomodaron perezosamente a las adquisiciones culturales y a la lengua del colonizador sin romper con su espíritu y sin readaptarlo a una situación nueva. Incluso cuando les fue dado reconquistar el uso de su lengua nacional y recuperar su patrimonio intelectual, lo más frecuente es que no introdujeron ningún nuevo fermento, ningún sentido creador, ninguna dinámica susceptible

de reactualizar y de difundir por todo el pueblo la cultura recuperada. Por veneración supersticiosa e impotencia muy cercana al fetichismo, más que por la preocupación de liberar conciencias, perezosamente recuperaron una cultura, sin darse cuenta de que la herencia venía con frecuencia en línea recta de una época de decadencia del mundo árabe-musulmán, en tanto que en la Edad Media esa misma cultura y su lengua de expresión habían sido trabajadas, remodeladas, enriquecidas sin descanso, de los siglos VII al XV aproximadamente, conforme al espíritu de los tiempos, por filólogos, lexicógrafos, investigadores, sabios, escritores y filósofos cuyo esfuerzo creador no nacía para transformar un aire cultural dado, sino una parte considerable del patrimonio científico y técnico de la humanidad. Todo eso implica de por sí cambios, la iniciación de otras culturas, la humildad de dar y recibir, con el mismo título, los conocimientos adquiridos por las búsquedas comunes de mundos diferentes: Bizancio, Irán, India, el Oriente árabe, el Maghreb, España y Africa.

Es ahí, en ese punto de intersección de conflictos culturales no después de la independencia política, que nos proponemos situar el caso de un país o de un grupo de países comúnmente caracterizados por un estatuto neocolonial, difuso, por otra parte, o bien circunscrito según las regiones. Se trata, como lo hemos anunciado, del caso más o menos típico de América Latina y a través de ella de una serie de hechos y problemas propios de cualquier ideología y de todo movimiento de descolonización cultural en el Tercer Mundo.

En el contexto evocado un poco antes, el argentino Fernando Ezequiel Solanas, autor del filme *La hora de los hornos* y de estudios teóricos tanto realistas como lúcidos, afirma que "La cultura se vuelve bilingüe, no por la utilización de una doble lengua, sino por la contigüidad de dos modelos culturales de pensamiento, uno nacional: el del pueblo; otro extranjero: el de las clases sumisas a la influencia exterior". "La cultura de un país neocolonizado —precisa más adelante— es simplemente la expresión de una dependencia global, generadora de modelos y de valores nacidos de las necesidades de la expansión imperia-

lista. Para imponerse, el neocolonialismo tiene necesidad de convencer al pueblo del país dependiente de su inferioridad. Tarde o temprano, el hombre inferiorizado reconoce al hombre superior; tal reconocimiento significa la destrucción de sus defensas”.

Así con Solanas, que conoce perfectamente bien los problemas culturales de América Latina, accedemos a otro estadio del debate. Ya no se trata, como para los portavoces de los países colonizados o semicolonizados, de la recuperación del patrimonio perdido y del análisis de las carencias sufridas, sino de la defensa vigilante y organizada de una cultura en plena expansión y que el neocolonialismo amenaza con la subversión, la expansión celular y la empresa insidiosa. “Si en el caso de la situación abiertamente colonial, la penetración cultural es el complemento de un ejército extranjero de ocupación —escribe Solanas— en los países neocolonizados, en ciertas etapas, tal penetración tiene la prioridad. Sirve para institucionalizar la dependencia y para hacerla considerar como normal”.

Pero las dos ideas más originales y en todo caso más estimulantes para el espíritu, que se encuentran en los escritos teóricos de Fernando Solanas y que se gran filme ilustra bien, son las de la dualidad de concepciones mayores y determinantes en el seno de la misma cultura y las del carácter verdaderamente nacional de la cultura en función de sus objetivos y no de sus orígenes.

Ha escrito sobre este asunto: “En la situación neo-colonial, dos concepciones de la cultura, del arte, de la ciencia, del cine, están en conflicto: la concepción dominante y la concepción nacional. Y tal estado de cosas dominará mientras la nacional no se indentifique con el poder y continúa la situación de colonia o semicolonia. Aún más, la dualidad no podrá superarse hasta que los mayores valores del hombre pasen de la proscripción a la matriz colectiva, hasta que la liberación del hombre sea universal”.

Y explica: “Considerando que existen nuestra cultura y *su* cultura, nuestro cine y *su* cine ... el hecho de no ser consciente de esta dualidad impide al intelectual abordar las expresiones

artísticas y científicas tal como son concebidas por las clases que dominan el mundo y le hacen aportar en el mejor de los casos, alguna corrección o reforma". Por el mismo camino conceptual, los teóricos de la cultura del país colonizado, a propósito de la universalidad que el colonialismo propone, con mucha frecuencia toman prestados valores a contra-tiempo y ajenos para mejor escamotear la cuestión nacional. Solanas concurre a una reflexión idéntica cuando dice: "Una de las tareas más eficaces del neocolonialismo ha sido apartar a ciertos medios intelectuales, sobre todo a los artistas, de la realidad nacional, para hacerlos alinearse en el arte de los modelos universales".

Solanas liga siempre la cultura de los países dominados que buscan su identidad nacional, no a una especificidad sectaria, sino al papel concreto que debe jugar en el doble plan de la liberación política y el desarrollo socioeconómico.

"La cultura —concluye— no es nacional porque se sitúa en un cuadro geográfico determinado, sino porque responde a necesidades particulares de desarrollo y de liberación del pueblo".

En nuestro humilde parecer, tal lección de sabiduría y de eficacia, que repudia toda tendencia fácil al chovinismo superfluo, es apta para encuadrar, punto por punto, nuestras preocupaciones, al mismo tiempo que favorecer, a corto o largo plazo, el advenimiento de otros criterios universales y valiosos de la cultura, tanto para el Tercer Mundo como para el resto de la comunidad internacional.

Hemos intentado aclarar, a lo largo de este trabajo, la complejidad de los fenómenos culturales en el cuadro de las relaciones coloniales. Si el fondo del problema es común a todos los casos estudiados, es dable de esperar que no sólo los métodos sino también la ideología de la desculturación cambien aquí y allá. Se trata, más exactamente, de las características sobresalientes que se afirman en tal o cual país colonizado con exclusión de los otros. Según el status político del país ocupado o dependiente y la duración de la experiencia, la empresa colonial adopta formas más o menos marcadas, insistiendo de antemano sobre una u otra para obtener la misma meta en los otros sectores, tan grande es la conexión de estos últimos.

Así, la destrucción de equipos y fuentes culturales precoloniales en Argelia; el mantenimiento, en Marruecos, de una esclerosis deliberada por medio de un conservatismo tenaz, aislado respecto del mundo moderno; la asimilación discriminatoria, integral y utilitaria en Angola; la hegemonía que opera en ciertos países de América Latina mediante el menosprecio y la inyección masiva y obsesiva de *mass-media* extranjeros, "Todavía más eficaces que el napalm", según las palabras de Solanas; todo eso desemboca, o poco menos, en los mismos resultados, pero provoca, también a largo plazo, la misma contestación vehemente y lúcida de la cultura colonial y neocolonial. Además, cada uno de los casos implica a la vez, y según las circunstancias, el recurso a todos los demás reunidos.

Pero tampoco conviene esquematizar los problemas en ese dominio tan vulnerable, tan exigente, de la cultura nacional. En el caso preciso de un enfrentamiento cultural y de advertir de dónde provienen las influencias más o menos nocivas, bien de una cultura dominante más equipada o de una tradición esclerotizada o degradada, a contratiempo de la historia viva, se trata de una verdadera prueba de valor que revela casi un orden biológico, en el sentido de que las necesidades imperiosas donde se encuentran atrapadas las sociedades de los países en desarrollo no toleran a la larga —por quedar bien con el mayor número— ni lo vacío, ni el desperdicio, ni lo superfluo. De ahí el deber, para los responsables de nuestras culturas nacionales —en la defensa del ser sociocultural tan frágil de los pueblos de reciente independencia y todavía amenazados por el volumen y el estilo de los *mass-media* insidiosos y adulteradores— de encontrar respuestas en los planos de la creación, de la calidad y de la concordancia con los objetivos de una transformación necesaria de las estructuras mentales en el sentido del progreso, así como de la identidad reconquistada, de una visión más racional del mundo y, a decir verdad, del desarrollo en todas sus formas.

En los países del Tercer Mundo las culturas "conquistadoras", adaptadas o no a las exigencias nacionales, están siempre a la espera de ocasiones propicias, y el vacío al que hemos

hecho alusión no puede esperar indefinidamente ser llenado por los suyos, cuando estos últimos prefieren una "restauración" mítica vaga, para nada selectiva o reflexiva, a menudo desfasada o perezosa, a un esfuerzo revolucionario de creación y de juicio sin cesar renovado que tenga en cuenta las realidades.